Y al caminar derecho
Hácia la tumba por su mano abierta,
Blas (que en pérfido acecho
Con ojos de serpiente
Velaba oculto entre la sombra incierta)
Con expresion furiosa de alegría
Desenvaina un puñal y, de repente,
Clavándolo en el bulto que veia,
De los brazos de Julio, derribada,
Cayó la pobre muerta asesinada;
Pues con tan mala suerte
Blandió el arma, furioso,
Que el marido celoso
En su mujer apuñaló á la muerte.

VII

Viendo Julio, al hallarse sorprendido,
Que es menester herir ó ser herido,
Hace frente, de cólera azulado,
Al vengativo esposo
Que le sigue, tornándose, celoso,
Blanco, rojo y despues amoratado;
Y cuando Blas airado á Julio alcanza,
Uno del otro asidos,
Por todas sus potencias y sentidos
Respiran el placer de la venganza.
Sigue á un golpe mortal otro más recio;
La rabia los trasporta hasta la furia;
Se devuelven desprecio por desprecio,
Y es cada golpe una mortal injuria;
La lucha, más que lucha, es un tanteo;
Se repelen, se abrazan, se sofocan,
Y cada vez que contra el suelo tocan
Adquieren nueva fuerza, como Anteo.

Se espian el marido y el amante,
Uno de ellos sagaz y otro siniestro,
Hasta que cae en el supremo instante
Sobre el hombre feroz el hombre diestro;
Pues el ciego marido
Hácia atrás impelido
Como una mole por el rayo herida,
Resbalando en la tierra removida,
Cayó de espaldas en la tumba abierta.
Julio despues, amontonando activo
Sobre él la tierra que á coger acierta,
Entierra al hombre vivo,
Dejando así sin enterrar la muerta.

VIII

Despues Julio, aterrado
Ante la inmensa atrocidad del hecho,
Viendo al vivo enterrado
E insepulta á la muerta,
Tres veces hizo con la boca abierta
El signo de la cruz sobre su pecho.
Luego volvió los ojos espantado,
Con la mirada incierta,
Como un tigre enjaulado
Que busca para huir cualquiera puerta;
Pues ya era entónces su cuidado tanto,
Que creyó que la muerta se movia,
Y en su mortal quebranto
Con evidencia tal Julio creía
Que hácia si algun fluído la atraia,
Que á la salida del retiro santo
Ya fué miedo el cuidado que tenía,
Y el miedo al fin se convirtió en espanto;
Y huyendo de Rosaura y del marido,

Cuanto más presto corre, más se asombra,
Al notar que al huir se ve seguido
De un sudario que andaba precedido
De algo negro, más negro que la sombra.

IX

Y al escapar, del miedo que sentia,
Cual teniendo alas en los piés, volaba,
Y el sudario arrastrando le seguia,
Y en su horror se fingia
Mil ruidos inauditos que escuchaba,
Mil cosas invisibles que veia;
Y cuanto más corria,
Viendo aquella blancura
Por una cosa negra arrebatada,
Dudando si existia ó no existia,
Pensaba en su locura
Si aquella forma pálida y oscura
Ya del mundo hasta el fin le seguiria,
Pues al cruzar por montes y laderas,
La muerta parecia
Que tendiendo la mano, le decia:
— ¡Siempre te seguiré; vé donde quieras! —

X

Y á un cielo que parece, aunque estrellado,
De ceniza cubierto,
Viendo el campo desierto,
Y el desierto de espectros erizado,
Cual si á danzar surgieran á su lado
Las fantásticas momias del Roberto,
Corre á campo travieso, perseguido
Por cien deformidades misteriosas;
Y aunque solo entreve, desvanecido

Los vagos lineamentos de las cosas,
Mira el cadáver que le sigue amante,
Y el bulto negro que entreve delante
Lazándole miradas horrorosas;
Y conforme le sigue, él huye y huye,
Y la tierra, entre tanto, rueda y rueda,
Y viendo cuanto en torno le circuye
Sumido en una lúgubre humareda,
Ya ver le parecia
En un abismo el universo hundido;
Pues rendido, jadeante,
Viendo siempre delante
El negro azul, la inmensidad sombria,
Es tal su estado de vision completa,
Que cree en su desvario
Que el mundo se ha volcado en el vacío
Y que él pasó de un salto á otro planeta.

XI

Aunque ya para Julio se convierte
En vision lo visible y lo invisible,
Como siempre, invencible,
Aun flota en aquel cáos de la muerte
De su sér la conciencia insumergible:
Y al ver brillar un rio, que parece
Un espejo de acero,
Que líquido ondulando fosforece,
Arrebatado al fin Julio Montero,
Con varonil firmeza
Se echó aterrado al agua de cabeza.
Mas cuando ya indolente
Se dejaba arrastrar por la corriente,
En medio de su horrible desvarío
Sintió que le agarraba alguna cosa,

Y una mano invisible y poderosa
Le iba sacando con afan del rio.

XII

Volviendo Julio en sí pausadamente,
Se halló echado á la orilla del torrente;
Y estando ya de su razon seguro,
A la márgen del rio, al pié de un cerro,
De la noche y del agua al claro oscuro,
Entre la muerta y él mira su perro
Que fija en él tranquilas,
Pardas, cual las del buho, sus pupilas.
Y, como el ebrio que sacude el sueño,
Entónces se da cuenta poco á poco
De que el perro, fielmente,
A la muerta arrastrando hasta el torrente,
Fué volviendo á su dueño
Feroz de miedo y de pavura loco.
Y repentinamente
—¿Qué haré?,se preguntó. Dudó un momento,
Y entrando en posesion de su existencia,
Pasó del pensamiento á la conciencia,
Despues de la conciencia al pensamiento,
Y al fin, con la entereza del espanto
Echa el cadáver de Rosaura al rio,
Y arrepentido ya de amarla tanto,
Más que en su cuerpo, en su alma siente frio,

XIII

Avezado á su noble servidumbre
Titan, el perro fiel de Terranova,
Echándose tras ella por costumbre,
Lucha por ver si al agua el cuerpo roba

Que su dueño arrojó sin pesadumbre;
Mas Julio, indiferente y alelado,
Que lo que ántes amó detesta ahora,
Sube al cerro empinado
Donde se sienta triste y casi llora.
Y allí puesto en alerta,
Y presumiendo que jamas sería
La huella de su crímen descubierta,
Desde lo alto del cerro
Mira con alegría
De Rosaura el entierro
Que en el agua va á hallar tumba sombría;
Y al perro y al cadáver contemplando,
Arrastrados los ve por la corriente
Que flotaban dejando
El rastro de una luz fosforescente;
Y con ojos abiertos
Por el terror desmesuradamente,
Ve al perro que, luchando sin descanso,
Ya hundiéndose en las aguas, ya subiendo
Pide auxilio, gimiendo,
Hasta que al fin, del rio en lo más manso,
Se cumplió su destino,
Pues al llegar á un pérfido remanso
Se los sorbió á los dos un remolino.

XIV

Todo esto lo ve Julio desde el cerro
Con el cuerpo aterido, el alma yerta...
Mucho más fiel que el hombre, el pobre perro
Ni siquiera al morir soltó á la muerta.

ESCENA VI

El anónimo.

JULIO. — UN ANÓNIMO.

Sobre la tumba de ella escribió un dia :
— ¡Por darte vida á tí, me mataria! —
Y al otro dia, por autor incierto,
Con lápiz al final se vió añadido;
— Si ella hubiese vivido,
Ya de hastío tal vez la hubieras muerto. —

ROSALIA

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Madrigal.

JULIO. — ROSALÍA.

Hay un rincon maldito en el infierno
Desde el que, en vaga y celestial penumbra,
Para aumentar el sufrimiento eterno,
Otro rincon del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
La hermosa luz de tu semblante alumbra,
Si es mirarse en tus ojos retratado
Hacerle ver el cielo á un condenado?

ESCENA II

El almez.

JULIO.

I

Junto á este mismo almez á *Rosa* un dia
Hice votos de amarla eternamente.

Se está oyendo en el aire todavía
De mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados,
Esclavo de otra fe, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
Mas no pasa el amor.

II

Otro dia, á *Rosaura* encantadora,
Al pié del mismo almez juré lo mismo,
Y recuerdo que, entónces, como ahora,
Cantaba un ruiseñor.
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
Vinieron á cantar á otra hermosura;
Porque se van amados y amadores,
Pero queda el amor.

III

Despues, al pié de este árbol, he sentido,
Extático mirando á *Rosalía*,
Momentos de emocion, en que he perdido
Para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron ántes,
Si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¡Qué es siempre, siendo otros los amantes,
Un mismo el amor!

IV

Almez, á cuyo pié tanto he adorado;
De amores, que áun vendrán, altar querido;
Que enciendes, recordando mi pasado,
De mi sangre el ardor ..
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
Y otro árbol nacerá de tu semilla;

Porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
Es eterno el amor.

V

Y cuándo el mundo al fin sea extinguido
Y se oiga en las regiones estrelladas
Del orbe entero el último crujido
En inmenso fragor,
Dios de nuevo la nada bendiciendo,
De ella hará otros almeces y otros mundos,
E irá un hervor universal diciendo :
— ¡ Amor ! ¡ amor! amor !... —

ESCENA III

¡ Así !

ROSALÍA. — DANIEL.

I

— Mira hácia allá. Tu eléctrica mirada
¿ Por qué se clava con ardor en mí ?
¡ Es mi pecho un volcan ! ¡Muero abrasada!
¡ No me mires así ! —
— Mira hácia acá. Tus ojos inconstantes
Ya no se clavan con ardor en mí;
Si he de vivir, mírame *así*... como ántes..;
Fíjate bien : *¡ así !* —

ESCENA IV

Las églogas modernas.

ROSALIA. — JULIO MONTERO. — DANIEL. — LA LUNA — EL POETA.

I

Ya habia poca luz en la montaña
Y era casi de noche en las honduras,

Viéndose á un tiempo, en perspectiva extraña,
Bajo un monte con luz, valles á oscuras.
En uno de los valles de esta sierra
Se halla un jardin oscuro y pintoresco
Que parece olvidado de la tierra;
Y del jardin en el rincon más fresco,
Un cenador formado por almeces
Donde no se ve luz ni se oyen ruidos,
Y hay tanta paz en su interior, que, á veces,
Hacen en él los pájaros sus nidos.
Contándose los dos esos secretos
Que suelen escuchar los cenadores,
Cuando á oidos discretos
Se acercan unos labios habladores,
Están al fin de este apacible dia
En aquel cenador, sin luz ni ruidos,
Sobre un banco, Daniel y Rosalía,
Deshojando unas flores distraidos.

II

Hermosa nieta de su hermosa abuela,
Rosalia, entre flores confundida,
Sobre el banco, que el musgo aterciopela,
A Daniel escuchaba embebecida,
Cuando tenía apénas
La edad en que ya corre por las venas
El alma confundida con la vida.
Ademas de ser bella,
Se admiraban en ella
Los lindos piés y las pequeñas manos,
Y su cútis tenía
Ese matiz que se llamó algun dia
El *bético color* por los romanos.
Pasando en Aviles por gaditana,

En Cádiz se decia
Que era prima del sol y peruana,
Pues siendo tan morena Rosalía,
Con la tez de su abuela competia
Su tez de cuarterona de la Habana.

III

Nuestro Julio Montero
Que á Rosalía con furor amaba,
Recuerda cuando Rosa le juraba
Que es el útimo amor el verdadero.
Con respeto profundo
Cumplia como noble sus deberes,
Y á no encontrar morenas en el mundo,
Sería un Escipion con las mujeres.
Pero ignorando yo por qué razones
A su ardoroso seno
En el color moreno
Le enviaba Satanas mil tentaciones,
Fué una tras otra, y en creciente, amando
Tras de Rosa, á Rosaura y Rosalía,
Las tres morenas y las tres hermosas;
Y por eso con honda simpatía
Fué en su pecho reinando
La bella dinastía de las Rosas.
Sólo tuvo en el mundo tres amores,
Ligero uno, otro grave, otro profundo;
Positivo y equívoco el primero;
Casto, ardiente y fantástico el segundo;
Y ultra-amante y platónico el tercero,
Y, segun la sentencia del profeta,
—*Como los hombres para amar son ciegos.*—
Halló Julio en sus sueños de poeta
En la abuela, en la hija y en la nieta

Toda la gracia antigua de los griegos:
Y amante, á su pesar, de Rosalía
Estaba tan celoso, tan celoso,
Que el pobre, un poco viejo, no sabía
Pensar en Luis XIV, que decia:
—A mi edad, mariscal, nadie es dichoso.—

IV

Era tanta la fe con que queria,
Que ¡perdonad la execracion, Dios mio!
El lecho de su madre quemaria,
Si los viese con frio,
Por calentar los piés de Rosalía;
No hay crímen ni bajeza
Que no cometa un hombre, si celoso
Tiene un horno encendido por cabeza;
Por eso el día aquel Julio envidioso,
Siendo más bien que un necio un insensato,
¡Oh inocente candor de los sesenta!
Quiere escuchar un rato
Lo que Daniel á Rosalía cuenta;
Y como ántes ya dije que tenía
El bello cenador por ambos lados
Asientos de granito degastados,
En uno de los cuales aquel dia
Juntos están Daniel y Rosalía
Con dejadez asiática sentados,
Julio, que amaba con senil terneza,
Y era más bien demente que culpable,
Poco ántes, sacudiendo la cabeza
Como un loco incurable,
Queriendo ver y oir el miserable
Lo que habia en su amor de misterioso,
Exaltada su ardiente fantasía

Se escurrió cauteloso
Cual si fuese un reptil, bajo el asiento
En que estaban Daniel y Rosalía...
Julio en aquel momento,
Siendo un hombre hasta bello, era espantoso.

V

Miéntras están del cenador á un lado
Daniel y Rosalía
Sentados en el banco, que tenía
Por la lluvia el cimiento socavado,
Bajo el asiento echado,
Y oculto en situacion tan vergonzosa,
Se acuerda Julio de Rosaura y Rosa
Cual de un eco lejano del pasado;
Y agolpársele siente,
Ya arrepentido de su mal consejo,
El rubor á la frente,
Pues tarde ve que, desdichadamente,
Sin llegar á ser sabio, se hizo viejo.
Y ¡pobre Julio! su ansiedad es mucha,
Pues cree que encima del asiento imitan
Del tormentoso amor la ardiente lucha
Las ramas que se agitan...
Y es que para un celoso, cuando escucha,
Los silencios parece que palpitan.
Mas ¿qué hacen esas almas encantadas
De corazon tan jóven como ardiente?
Nonadas nada más, simples nonadas;
Lo que se suele hacer naturalmente
Cuando brota el amor de dos miradas;
Lanzar ayes de amor que hacen un ruido
Como de santa intimidad de nido;
Esas cosas, henchidas de placeres,

Que cuando se aman hombres y mujeres,
Se dicen muy cerquita y al oido,
Lo que se dice en víspera de bodas,
Por lo cual Rosalía, hablando quedo,
Murmura como todas
Las que van á casarse: —¡Tengo miedo!—

VI

¡Pájaro fascinado, que aturdido
En la boca cayó de la serpiente,
Ve Julio, arrepentido,
Que nada oye ni ve, pues solamente
Como si fuese el aura,
La hija encantadora de Rosaura,
Haciéndole cosquillas en la frente,
Le roza sin querer con el vestido!
Y á aquel roce magnético, sintiendo
Los celos de la carne acres y extraños,
Sin poder oir nada, estuvo oyendo
Diez segundos más largos que diez años;
Y unos ojos abria
Cual los que abre un ahogado en su agonía
En el fondo del agua;
Más ni el pié vió siquiera á Rosalía,
Porque un doblez de encaje de la enagua,
Como á un astro una nube, lo cubria;
Y su amor maldiciendo,
Echa al cielo, gimiendo,
Con un resto de juicio,
La mirada de un hombre que está viendo
Que en el fondo se echó de un precipicio,
En tanto que despiden á porfía
Los ojos de Daniel y Rosalía
Relámpagos de luz y de deseos

Al rumor de los tiernos cuchicheos
De pájaros nacidos aquel dia.

VII

¡Ay! una vez que de gentil manera
Dió un salto sobre el banco Rosalía
Como una cervatilla en la pradera,
Julio vió que el asiento se bajaba
Y al grave peso de los dos cedia...
Y al verlo, su cabello se erizaba,
Y ahogándose, el aliento retenia,
Y el curso de su sangre se paraba.
Mas como es su desgracia una vergüenza,
A resistir el peso maldecido
Con el valor de un Hércules comienza,
Y ya en su hueco de reptil metido
Para oir á Daniel y á Rosalía,
Ni pudo articular ningun sonido,
Ni moverse del sitio en que yacia;
Y al fin, cuando repara
Que si el banco á la base mal sujeto
Baja, algo más le aplasta por completo,
Toma de Julio la siniestra cara
Un color de cabeza de esqueleto.

VIII

Julio echando hácia arriba
La mirada de un lobo encadenado,
Con temor infinito
Ve que el cimiento en que el asiento estriba
Por el tiempo y la lluvia descarnado,
Deja correr hasta el nivel del suelo
El banco de granito,
Como si fuese un témpano de hielo;

Y aunque ahora, como ántes,
Creen oir los amantes
En lo profundo de la sombra un ruido
Parecido al rumor de unas congojas,
Creyendo que habrá sido
El dulce remolino de unas hojas,
Siguen quietos Daniel y Rosalía,
Miéntras Julio sentia
Un momento de angustia inexplicable...
¡Miserable! ¡Oh! ¡mil veces miserable!
¡Qué escena tan cruel pareceria
Si nos pintasen con su ardiente estilo
Situacion de dolor tan lamentable
El fiero Dante ó el poderoso Esquilo!

IX

Quejoso Julio de su suerte inicua,
Tiende al cielo una mirada oblícua,
Y al traves de la trémula enramada
Ve la luna plateada
Que alzándose, cual nunca placentera,
Con su luz entre blanca y azulada
Cree que le viene á hablar de esta manera:
— Oye, Julio, á tu vieja conocida.
¿Qué suerte adversa á sostener te trajo,
Vil Sisifo, esa losa desprendida?
¡Qué amor arriba y qué dolor abajo!
Nace uno y otro muere: ésta es la vida.
¡Asesino de Rosa,
Por quien Rosaura se murió de pena!
Ya ves que es esta vida una cadena
En que nace una cosa de otra cosa;
Y por eso sin duda al cielo plugo
Que sea en esta noche tan serena

Dios tu Juez, Rosalía tu verdugo!
¡Qué burla tan amarga de la suerte!
Nada se pierde, Julio, ni se olvida.
Hoy la nieta de Rosa, al darte muerte,
Une el fin y el principio de tu vida.
¡Adios! Se hunde la losa, gime y reza;
Aprovecha piadoso
El último momento luminoso
Que nos presta al morir naturaleza.
¡Adios! ¡adios! ¡Tu amor era un delirio!
Pide al cielo piedad y muere en calma.
¡Tal vez Dios te perdone, pues que tu alma
Llegó á la expiacion por el martirio! —
Y al soñar que la luna así le hablaba,
Metido en aquel lecho de Procusto
El semblante de Julio ya tomaba
La térrea y fria palidez de un busto,
Diciendo, porque á Rosa recordaba,
En vez de blasfemar: — ¡el cielo es justo! —
Y al trasponer la cima de un vallado,
La luna parecia
Que, recordando á Julio su pasado,
— ¡La expiacion!... — cruel le repetia.

X

Y en tanto que seguia indiferente
La luna su camino,
Y que arriba y abajo eternamente
Marchaba cada cosa á su destino,
Ni sentados, ni en pié, medio apoyados
Para contarse el fin de algun secreto,
Derriban los amantes por completo
Del banco los cimientos socavados.
¡Y en el fatal momento

En que el peso insufrible del asiento
Los poros de sus miembros aplastados
Brotaban un sudor sanguinolento,
A tientas Rosalía y vacilante
Para hacer más graciosa una postura,
Sobre el rostro de Julio agonizante
Con el pié se asegura;
Pisa, se afirma, la sedienta boca
Del moribundo con el pié sofoca;
Suena un ruido, la losa desprendida
Aplasta á Julio en su mortal caida,
Y siendo á un tiempo muerto y enterrado,
Besó el pié que le ahogaba el desdichado,
Con el último aliento de su vida!

ESCENA V.

El alma en venta.

JULIO. — SATANAS.

Así con Satanas Julio habló un dia:
—¿Quieres comprarme el alma?—Vale poco.
—Tan sólo por un beso la daria.
—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
—¿La compras?—No—¿Por qué?—Porque ya es mia.